

SIMONE REGAZZONI

EL ENIGMA
DE PLATÓN



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2015

Para Julia y Micaela

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.

Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*

Es verosímil que ocurran cosas inverosímiles.

Aristóteles, *Poética*

No hay diferencia fundamental entre verdad y ficción.

Paul Veyne, entrevista, *L'Homme*

PRÓLOGO

Aleandría, Egipto, 1908

El jamsin, el viento cálido que soplabá desde el sudeste, no daba tregua desde hacía cuatro días: aumentaba de intensidad antes de la puesta de sol y azotaba la costa durante toda la noche, sepultando la ciudad bajo el manto rojo del Sahara.

Fritz se había despertado varias veces bañado en sudor, con la boca pastosa a causa del polvo. De nuevo la imagen de aquella extraña pirámide, azotada por el viento y sacudida por terribles explosiones: nítida, cristalina. Como si el sueño fuese una especie de vigilia. Lo había leído en uno de sus libros sobre el antiguo Egipto: la palabra *reset*, en la antigua lengua egipcia, significaba tanto «sueño» como «vigilia». Y la vigilia del sueño era el momento en que podían manifestarse los dioses, ya fuera en forma benigna o maligna.

Suspiró profundamente y se sentó en la cama.

—¿Estás bien? —Clara se apoyó en los codos, con los ojos apenas entreabiertos y el pelo pegado a la cara—. Has vuelto a hablar en sueños.

—Duerme, tesoro.

Le dio un beso en la frente y la arropó con la sábana. De la habitación de Rudolf no llegaba sonido alguno.

Fritz bajó a su estudio. Notaba, bajó los pies desnudos, la capa de arena que se había filtrado en la casa.

Un vaso de whisky tal vez lo ayudara a superar aquella noche. Tampoco faltaba mucho para el amanecer. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y encendió la lámpara de queroseno que estaba sobre la mesa. Bebió unos cuantos sorbos, despacio.

Y después la contempló, sumergida en la penumbra, con la mirada atenta para no perderse el más mínimo detalle. ¿Acaso radicaba allí el origen de su inquietud?

Ahuyentó aquella idea y volvió a observarla, con más atención.

Era magnífica.

Procedía del templo de Heliópolis y la habían recuperado unos canteros locales. Pintada de azul, ocre y oro, la máscara del dios no representaba un rostro humano, como era el caso de otras máscaras mortuorias, sino la cabeza de un gavilán. Era la máscara de Ra: el dios-sol del antiguo Egipto, surgido de las aguas de Nun, el océano primordial.

Se había gastado una fortuna para comprarla. De hecho, le había costado casi tanto como la lujosa casa a orillas del Mediterráneo, cerca de Alejandría, que había comprado poco después de abandonar Alemania.

Pero había valido la pena, se repetía cada vez que se quedaba absorto mirándola. Por otro lado, se lo podía permitir, pues la sociedad de importación y exportación de vinos que dirigía iba viento en popa.

Su pasión por los restos arqueológicos del antiguo Egipto había nacido casualmente cuando se había trasladado con su familia a Alejandría. Y no había tardado en convertirse en una obsesión. Poseer aquellos objetos lo hacía sentirse vivo; como si, a través de ellos, adquiriera una fuerza ancestral.

No le importaba que Clara no entendiera esa pasión, pues se contentaba con haber conseguido inculcársela a su hijo Rudolf, quien lo acompañaba siempre en sus expediciones a la caza de objetos antiguos. Durante esos viajes, que a veces duraban días enteros, Fritz le contaba a su hijo todo lo que había aprendido

acerca de la cultura egipcia, cosa que infundía en el muchacho una gran admiración y curiosidad por aquel antiguo pueblo.

Rudolf también estaba presente el día en que, en la trastienda de una *ghorza* de El Cairo, su padre había comprado la máscara de Ra, el dios al que se consideraba el primer faraón, el creador del hombre y de la civilización egipcia. Fritz aún recordaba el estupor de Rudolf cuando habían abierto la caja que contenía la máscara: por su expresión, parecía como si estuviera contemplando con sus propios ojos al dios en persona, y no un cartón de papiro y yeso pintado con gran maestría.

La máscara medía un metro diez de alto por setenta centímetros de ancho. Fritz la había colocado sobre un pedestal de ébano, en un rincón de su estudio que daba al patio interior de la casa y no directamente al mar. No quería que el exceso de calor y de luz estropeará los pigmentos del rostro de Ra, que había permanecido enterrado bajo la arena de Egipto durante milenios.

Veneraba aquel objeto como si fuese sagrado.

Pensó en el futuro de su familia: tenía que preparar el regreso a Alemania, que había aplazado durante demasiado tiempo debido a su pasión. Pero, por mucho que amase Egipto, quería que su hijo, que estaba a punto de cumplir catorce años, cursara bachillerato en un instituto alemán y luego estudios universitarios. Era un muchacho de mente despierta y carácter fuerte. Llegaría a ser alguien en la vida.

El reloj de péndulo dio las cinco. Fritz se puso en pie y se acercó a la ventana. El viento había amainado y, bajo la luz del amanecer, podía vislumbrar la calle y, a lo lejos, el mar. La tormenta de arena se había acabado.

Bien, pensó Fritz, pues aquel día tenía varias tareas de las que ocuparse.

Devolvió la botella de whisky al mueblecito que estaba junto al escritorio y también el vaso, después de secarlo con un pañuelo. Se ajustó el cinturón del batín de seda y se encaminó a la puerta. Antes de salir, dedicó una última mirada a la máscara.

Estaba a punto de cerrar la puerta tras de sí cuando se detuvo y entró de nuevo en el estudio, como si hubiera olvidado algo. En realidad, lo que ocurría era que había reaccionado con cierta lentitud ante algo que había visto.

Se acercó con paso vacilante a la máscara. Y apenas pudo creer lo que allí vio.

¿Otra pesadilla?

De los grandes ojos de Ra brotaban minúsculas gotas negras que dejaban un rastro en la tez de color ocre. Fritz tocó con el dedo índice una de aquellas gotas y, temblando, se la acercó a los labios.

No eran saladas, sino amargas.

No eran lágrimas milagrosas.

Era tinta.

–Es tinta negra, hecha de hollín, goma arábica y agua –concretó, algunos días más tarde, el anticuario al que Fritz le había comprado la máscara–. No es algo habitual, desde luego, pero puede ocurrir. Sobre todo cuando aumenta el índice de humedad relativa, como en estos últimos días.

–¿Me está usted diciendo que el color de la máscara se deteriora? –le preguntó Fritz, preocupado.

–Desde luego que no. El color de la máscara no tiene nada que ver. Son gotas de la tinta utilizada en los papiros con que está hecha la máscara. Debido al calor y a la humedad, la tinta se ha licuado y ha aflorado a la superficie. Muchas máscaras mortuorias egipcias se componen de capas de papiro impregnado de yeso. Pero no se trata de papiro virgen, sino de papiro usado, escrito, que se reciclaba. Y ése es también el caso de la máscara de Ra.

Durante mucho tiempo, a Fritz le atormentó la duda de si debía conservar la máscara o desmontarla para averiguar qué textos contenían los antiguos papiros utilizados para construirla.

Una vez instalados de nuevo en Alemania se la regaló a Rudolf por su decimoctavo cumpleaños.

Ya decidiría qué hacer.

Pero Rudolf no hizo nada durante casi diez años.

El interés por la cultura egipcia que había cultivado de muchacho fue disminuyendo cuando inició sus estudios en la École Supérieure de Commerce de Neuchâtel, en Suiza. Luego llegó la guerra y los biplanos de combate Fokker D.VII pasaron a convertirse en la única pasión de Rudolf, que durante el último periodo del conflicto sirvió en el Escuadrón Bávaro 35b. La máscara que tanto amaba su padre permaneció durante años en el dormitorio de Rudolf, para después verse confinada a un rincón de su estudio.

Con el fin de la guerra, sin embargo, las cosas cambiaron. A la edad de veinticinco años, el pasado de Rudolf volvió a llamar a su vida, pero con un rostro nuevo e inesperado que marcó para siempre no solo su existencia, sino la historia del mundo entero.

En 1919, Rudolf se convirtió en miembro de la Thule Gesellschaft, una sociedad secreta de inspiración esotérica –y embrión del futuro Partido Nacionalsocialista– cuya cultura oculta acabaría por inspirar la ideología del Tercer Reich. En el transcurso de una de las primeras reuniones secretas de la Thule en las que tomó parte, Rudolf conoció a Johann Ott, papirólogo del Museo Egipcio de Múnich. No tardaron en hacerse buenos amigos y una tarde de otoño de 1919, tras una larga conversación sobre Egipto acompañada de whisky y puros, Rudolf le mostró a Johann la máscara de Ra y le contó la increíble historia de las lágrimas de tinta.

Johann, profundamente impresionado, empezó a hablar de inmediato de «señal de Ra», fomentando así la idea de un mensaje confiado a Rudolf desde las profundidades de la historia para que lo compartiese con un reducido círculo de iniciados. Para Johann

no cabía la menor duda: la máscara de Ra estaba destinada a la Thule. Y tenían el deber de descifrar el mensaje.

Durante los días siguientes, Johann convenció a Rudolf acerca de la necesidad de desmontar la máscara para recuperar el mensaje contenido en los papiros que se habían utilizado para construirla. Obtuvo el consenso necesario para proceder y, durante dos meses, se dedicó a la tarea de desmontar la máscara y descifrar los papiros.

Finalmente, el 13 de diciembre de 1919, un número reducido de miembros de la Thule se reunieron en una sala subterránea del Museo Egipcio de Múnich.

Además de Johann y Rudolf, estaban presentes Dietrich Eckart, Gottfried Feder, Hans Frank, Karl Harrer, Alfred Rosenberg, Rudolf Freiherr von Sebottendorf y un cabo austriaco del que Rudolf había oído hablar pero a quien no conocía personalmente: Adolf Hitler.

Tenían por costumbre organizar sus encuentros en el hotel Vier Jahreszeiten, pero aquella noche se reunieron en una sala de Museo Egipcio, cuyo techo estaba formado por bóvedas de arista y una columnata interior que la subdividía en tres naves. Al fondo de la nave central, iluminada tan solo por los rayos de luna que se filtraban a través de los grandes ventanales de la izquierda, se hallaba un colosal busto de Tutankamón, de más de dos metros de altura. Colocado sobre un pedestal de granito, el soberano egipcio presidía una larga mesa cubierta por una tela negra.

De pie bajo el busto de Tutankamón, justo detrás de la mesa, Johann Ott esperaba a los demás miembros. Para la ocasión, lo mismo que el resto de adeptos, vestía una túnica negra con capucha. Se disponía a officiar la que, a todos los efectos, era una ceremonia iniciática, durante la cual se revelaría a los miembros de la Thule un secreto que los elevaría por encima del resto de los mortales.

Los ocho adeptos se situaron en torno a la mesa, dispuestos a recibir las revelaciones.

Johann Ott, que había desplegado los papiros y había esbozado una primera traducción del texto, retiró la tela negra.

—Lo que tienen ante sus ojos, señores, es el descubrimiento más importante de la historia de la humanidad.

Illuminados por la luz de la luna, aparecieron cinco fragmentos de papiro, extraídos de un rollo de unos cuatro metros y medio de largo y unos cuarenta centímetros de ancho.

—¿De qué se trata? —preguntó Rudolf, visiblemente emocionado.

—Son las doctrinas secretas de Platón, de las que se habla ya desde la antigüedad. Pero, en realidad, estas doctrinas no pertenecen a Platón: son la traducción al griego de un antiquísimo texto sagrado, escrito en lengua egipcia, en el cual se transmitía un saber arcaico que se remonta al primer y misterioso pueblo que apareció en la tierra: los Grandes Antiguos.

Como si se hallara en trance, Johann empezó a recitar el texto del papiro, primero en griego antiguo y luego en alemán.

Cuando hubo terminado, invitó a los adeptos de la Thule a acercarse a los papiros y, uno tras otro, fue dando la vuelta a los fragmentos muy despacio, igual que se descubren las cartas de una mano ganadora. En la parte posterior figuraba el dibujo de algo que, hasta ese momento, nadie había visto ni imaginado jamás.

Se produjo un largo silencio. Todos tenían la mirada clavada en los papiros. Dietrich Eckart los rozó con un dedo, como si quisiera convencerse de que eran reales.

Finalmente, Rudolf reunió valor.

—Los adeptos de la Thule serán los guardianes de ese antiguo saber. Las doctrinas secretas de Platón se convertirán también en las doctrinas de la Thule Gesellschaft.

Los demás adeptos asintieron.

A excepción del cabo austriaco, que hasta ese momento no se había acercado a la mesa.

Adolf Hitler se quitó la capucha y avanzó. Tenía una mirada endemoniada. Sus palabras, agudas y rabiosas, resonaron en las naves de aquella gran sala.

—Éstas no son ni serán jamás las doctrinas de la Thule. Las doctrinas de los Grandes Antiguos serán las doctrinas ocultas del nuevo Reich milenario.

*Berlín occidental
Alemania, 17 de agosto de 1987*

Sanders se despojó de la mascarilla y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos. Aspiró a pleno pulmón una bocanada de humo como si fuera oxígeno puro para su mente, enturbiada por el cansancio. Apagó el aire acondicionado, pues le dolía tanto la cabeza que cualquier ruido le parecía insoportable. Pero no fue una buena idea. A las cuatro de la madrugada, los pájaros que poblaban el bosque que rodeaba la base armaban un alboroto infernal.

Con gran trabajo, consiguió engullir dos pastillas de simpamina. Su rostro, reflejado en la puerta del mueblecito de acero, era una máscara fúnebre. Tenía ojeras y una sombra de barba oscura que le cubría el mentón y las mejillas hundidas.

El doctor Thomas Sanders, oficial médico del ejército estadounidense por el mando aliado, había pasado una noche difícil: al llamado prisionero número uno lo habían transportado con carácter urgente al hospital militar de la base de la cárcel de Spandau.

Construida en 1876, la cárcel era un imponente edificio de ladrillo rodeado por tres círculos de muro perimetral y provisto de nueve torres de guardia, dos de ellas situadas a ambos lados del portón de entrada. Nacida como prisión militar, a partir de 1919 se había usado también para albergar a prisioneros civiles. Tras la Segunda Guerra Mundial, se había convertido en cárcel para los criminales de guerra nazis condenados por el tribunal de Núremberg.

Desde la primera vez que había cruzado el umbral de la cárcel, alzando la mirada en dirección a las dos grandes torres almenadas, Sanders había pensado que aquel edificio se asemejaba a un

gran castillo medieval: un lugar perfecto para albergar el espectro del Mal que la victoria aliada y los juicios de Núremberg no habían conseguido exorcizar. Si bien tenía cabida para más de cien detenidos, las celdas ocupadas hasta 1966 no habían sido más que siete, igual que el número de nazis condenados a cumplir allí su condena: Rudolf Hess, Walther Funk, Erich Raeder, Albert Speer, Baldur von Schirach, Konstantin von Neurath y Karl Dönitz.

Todos los prisioneros, incluidos los condenados a cadena perpetua, habían salido de Spandau antes de 1966.

Todos, menos uno. El prisionero que había vivido solo en aquel enorme castillo durante veintiún años. Hasta la noche del 16 de agosto de 1987, cuando Sanders recibió una llamada telefónica que ponía sobre aviso al hospital militar. La vida del prisionero número uno corría peligro. Había que trasladarlo de urgencia a la base del mando aliado. Las órdenes eran claras: salvar al prisionero. Al precio que fuera.

El paciente había llegado en condiciones gravísimas: estado de coma provocado por una hemorragia subaracnoidea. «El rey»: ésas eran las últimas palabras que había conseguido pronunciar, mientras lo trasladaban de la cárcel al hospital. Los paramédicos se lo habían contado a Sanders, pero éste no había concedido demasiada importancia a los delirios de un moribundo.

A las 23.35 de la noche anterior, bajo la mirada inquieta de los miembros del equipo médico, Sanders no había tenido más remedio que decretar la muerte cerebral del prisionero.

En ese momento ya casi amanecía; el timbrado del teléfono retumbó en la cabeza de Sanders como la explosión de una granada.

Cerró los ojos con fuerza y se pasó una mano por el pelo, muy corto, al tiempo que separaba los dedos y los hundía en el cuero cabelludo. Después se acercó al teléfono y descolgó el auricular.

Se estaba jugando la carrera, puede que incluso algo más.

No tuvo tiempo de hablar.

–Dígame que aún está vivo.

Sanders no tenía ni la más remota idea de quién se encontraba al otro lado de la línea. Podría haberlo mandado al diablo o haber colgado, pero le convenía ser prudente. En los últimos tiempos, una unidad especial de la que casi nadie sabía nada se ocupaba directamente del prisionero número uno... y sus integrantes tenían la costumbre de dar órdenes a diestro y siniestro sin molestarse siquiera en identificarse.

–¿Quién es usted? –dijo Sanders.

Intentó mantener cierta dignidad, pues no le gustaba mostrarse servil.

–Soy el que le enviará a limpiar las letrinas de los hospitales militares hasta el fin de sus días si no me responde de inmediato.

–Lo estamos controlando –dijo Sanders, con una voz que le temblaba de rabia.

–Quiero saber si está vivo o muerto.

–Ya, pues no es fácil decirlo. Clínicamente, creemos que está muerto.

–¡Hatajo de inútiles!

–Espere...

–¡Acabarán todos ante una corte marcial!

Thomas permaneció en silencio un instante, hasta que reunió valor para hablar.

–Recibimos señales –dijo.

–¿Cómo?

El tono de la persona que estaba al otro lado de la línea había cambiado, de modo que Sanders recobró un poco de seguridad en sí mismo.

–Desde hace una hora aproximadamente recibimos extrañas señales del cerebro del prisionero. Proceden de la amígdala cerebral, a intervalos de ocho minutos.

–¿Eso significa que aún está vivo?

–No lo sabemos con seguridad. Estamos realizando algunas pruebas, pero aún no sabemos qué está ocurriendo. No he visto nada parecido en toda mi vida, pero...

Vaciló. Sabía que su futuro pendía del hilo de aquella increíble historia.

–Es como si el prisionero estuviera intentando comunicarse –concluyó.

Le pareció escuchar un suspiro de alivio al otro lado de la línea.

–Estaré ahí con un equipo de cuatro hombres dentro de quince minutos. Estén preparados. A lo largo del día, procederemos a trasladar al prisionero a la base aeronaval de Cayo Hueso, en Florida.

–Pero no está en condiciones de viajar. Podría...

–¿Morir? Por eso mismo nos acompañará usted. Para evitar que muera por segunda vez.

Dos días más tarde, la cárcel en la que el prisionero número uno había pasado los últimos cuarenta años fue demolida por completo y los escombros arrojados al mar del Norte.

The New York Times, 18 de agosto de 1987

Rudolf Hess, el delfín de Hitler, el hombre que durante la Segunda Guerra Mundial se lanzó sobre Escocia en paracaídas en un intento de concluir un tratado de paz entre Inglaterra y la Alemania nazi, murió ayer en Berlín occidental.

Tenía 93 años. Había nacido en 1894 en Alejandría, Egipto, donde residió con su familia hasta la edad de catorce años.

Desde 1947 permanecía recluido en la cárcel de Spandau, en Berlín occidental. En los últimos años, se había convertido en el único prisionero de la cárcel. Con la muerte de Hess, los oficiales aliados han declarado que la prisión de Spandau quedará clausurada. Algunas fuentes sostienen que será demolida para evitar que se convierta en un lugar de culto para los neonazis.

Varios psiquiatras británicos y estadounidenses sostienen que Hess estaba loco, basándose en su relación con la astrología, en su paranoia y en sus lagunas de memoria. Esa pasión por la astrología se convirtió en una

auténtica obsesión durante su reclusión en la cárcel de Spandau. En una fotografía tomada en su celda, se aprecian gigantografías de la Luna y de la Tierra colgadas de las paredes.

Hess no declaró en Núremberg y ni siquiera pareció interesado en el proceso. A ratos leía un libro y a ratos escuchaba algún testimonio, pero la mayor parte del tiempo parecía absorto en sus propios pensamientos.

En su libro *La cara del Tercer Reich*, Joachim C. Fest escribió que mientras Hess permanecía recluido en la torre de Londres escondía trozos de papel por toda la estancia y, de vez en cuando, se tumbaba con los dedos en las orejas, mientras reía y decía: «Estoy pensando».

Fosa de las Marianas, océano Pacífico, 2012

En el Museo Naval de la marina estadounidense, en Washington, se encuentra expuesto el batiscafo *Trieste*, que el 23 de enero de 1960 alcanzó la profundidad récord de 10.898 metros: el punto más profundo del planeta, en el extremo sur de la fosa de las Marianas. El teniente Reeves lo había visto por primera vez a la edad de once años. Había acariciado la superficie lisa de la esfera de trece toneladas y dos metros de diámetro sujeta a la parte inferior del batiscafo, donde habían viajado los dos miembros de la tripulación. Su padre le había contado que las paredes, de 12,7 centímetros de grosor, forjadas y templadas en aceite en las acerías de Terni, Italia, eran capaces de soportar una presión de 1,25 toneladas por centímetro cuadrado.

Reeves recordó aquel día mientras se dirigía hacia el abismo.

Estaba descendiendo más allá de cualquier profundidad alcanzada jamás. Y sabía el riesgo que corría.

En una columna de aire de diez mil metros de altura, el peso por centímetro cuadrado de superficie es de un kilo. Si uno se encuentra sumergido en la oscuridad de una fosa oceánica, a diez mil metros de profundidad, el peso aumenta hasta una tonelada por centímetro cuadrado.

Dicho de otra manera, que un hombre está jugando con su suerte.
O con la muerte.

Porque, de un momento a otro, las toneladas y toneladas de agua podrían reducirlo a papilla con la misma facilidad con que un elefante aplasta un vaso de papel.

Reeves procedió con lentitud, pues la corriente en aquel punto era fuerte. Entrar en contacto con las paredes del abismo no era precisamente aconsejable, a aquella profundidad. Cualquier daño en la estructura exterior podría haber provocado que el casco se colapsara sobre sí mismo debido al peso de la presión. A pocos metros de él otro batiscafo, el *Nautilus II*, se movía silenciosamente entre abismos.

De la tormenta que arreciaba en la superficie no les llegaba ni el eco, pues allí reinaban el silencio y la oscuridad. Se encontraban en el fondo de la fosa de las Marianas. Pero lo que para el batiscafo *Trieste* había sido el punto de llegada, para ellos era sólo el punto de partida. Estaban allí para sumergirse en el abismo que, tras el terremoto que había devastado Japón en 2012, se había abierto en el fondo de la fosa de las Marianas. La profundidad estimada de la nueva fosa era de 56.000 metros. Una inmensidad. Un desafío imposible para cualquier batiscafo conocido. Pero el *Nautilus I* y el *Nautilus II*, dos modelos del mismo batiscafo construidos con materiales diferentes, habían sido diseñados y probados para inmersiones en hiperprofundidad. Aquella era la primera prueba en un escenario natural.

–Guardiamarina Blade, ¿listos para descender al infierno?

–Procedamos.

–Te noto de lo más entusiasta –se burló Reeves, para aliviar la tensión.

–Ya sabes lo que pienso.

–Sí, piensas que Cox está loco, pero te equivocas.

–Lo único que le importa a Cox es ver si sus juguetitos funcionan. Tendríamos que haber dedicado más tiempo a probar los materiales.

–La fosa podría cerrarse en cualquier momento.

–Sí, con nosotros dentro.

Una descarga electrostática perturbó la comunicación.

Reeves no replicó. Conocía lo bastante bien al guardiamarina Blade como para saber cuándo tenía ganas de discutir. No era el momento adecuado. Tenían que concentrarse únicamente en su misión.

Reeves llegó al borde del abismo, una hendidura de mil metros de largo y unos seiscientos de ancho, que descendía hasta casi sesenta mil metros de profundidad. Sin embargo, lo verdaderamente impresionante no era el abismo en sí, sino los ríos de arena y detritus que se precipitaban a su interior. El fondo arenoso de la fosa de las Marianas, barrido por fuertes corrientes, caía de hecho en el abismo como una enorme cascada. Era como encontrarse ante unas cataratas del Niágara bajo el agua.

Reeves respiró hondo, empujó la palanca hacia delante e inició el descenso. Blade, al mando del *Nautilus II*, lo seguía a unos veinte metros. Mientras descendían, la visibilidad se fue reduciendo progresivamente hasta quedar limitada a unos pocos metros. En la fosa que avanzaba hacia los abismos flotaban suspendidos muchísimos sedimentos. El descenso no fue precisamente inspirador, pero en conjunto resultó tranquilo. Tras unos cuantos miles de metros, dejó de notarse el efecto de las corrientes; la arena y los detritus que se hundían en el abismo, iluminados por los faros de los batiscafos, recordaban una lenta nevada en una noche de invierno sin viento. Reeves y Blade avanzaron en silencio, sumergidos en aquel panorama irreal. Tardaron casi tres horas en alcanzar la profundidad de 40.000 metros.

Y allí, de repente, todo cambió.

La oscuridad que hasta hacía un momento los había rodeado, empezó a aclararse poco a poco. Como si estuvieran emergiendo. Bajo ellos, las paredes del abismo se prolongaban hasta desaparecer. La luz, antes tenue, se iba volviendo más intensa. En torno a los batiscafos se materializaron formas de vida subacuática nunca

vistas: de repente, un banco de peces ahusados, parecidos a las anguilas pero más regordetes y completamente transparentes, rodearon los dos batiscafos como una nube, atraídos por las luces, y los acompañaron en el descenso. En el interior de su organismo, se distinguía una luminiscencia anaranjada que parpadeaba como la luz de las luciérnagas.

–¿Estás grabando? –le preguntó Reeves a Blade.

El brazo provisto de videocámara submarina del *Nautilus I* había dado algún que otro problema durante el descenso, así que le tocaba a Blade documentar aquella hazaña.

–Tranquilo, tengo tu culo en primerísimo primer plano, rodeado de miles de lucecitas anaranjadas.

Blade había recuperado el buen humor, pues aquel espectáculo era realmente fantástico.

La fosa los había introducido en un amplio espacio subterráneo, parecido a una inmensa caverna cuyas paredes no se veían. En el fondo, a casi 55.000 metros de profundidad, se distinguían en cambio una serie de volcanes que arrojaban lava: eran aquellas coladas las que iluminaban el agua, junto a formaciones similares a enormes esponjas que cubrían el fondo arenoso y emitían una luz azulada. La impresión que producían era la de estar aterrizando en otro planeta.

–¿Y eso qué diablos es? –preguntó Blade.

–No tengo ni la más remota idea.

–Me acerco para grabar mejor.

–Sí, pero ten cuidado.

–Claro, mamá, no te preocupes.

Reeves sonrió mientras contemplaba el *Nautilus II*, que se acercaba lentamente al fondo. La temperatura del agua había aumentado hasta los dieciséis grados y los detectores indicaban que era rica en oxígeno. El único dato singular eran ciertas radiaciones que señalaba el ordenador de Reeves, pero que no conseguía identificar. Ya se ocuparían los de la base de Fais, que seguían la misión paso a paso. Los ordenadores de a bordo de

los batiscafos enviaban los datos a unas sondas que habían sido lanzadas a diversas profundidades durante el descenso y éstas, a su vez, los reenviaban a la nave de apoyo que lo transmitía todo a la base.

Mientras controlaba el descenso del *Nautilus II*, Reeves se dio cuenta de que la actividad de uno de los volcanes había aumentado de repente. No quería alarmar inútilmente a Blade, que estaba explorando el fondo, pues se habría burlado de él por los siglos de los siglos. Así pues, lo que hizo fue acercarse para observar mejor la actividad volcánica.

Descendió otro centenar de metros. La temperatura del agua estaba aumentando. Rápido. Demasiado rápido.

El flujo de magma que salía del cráter y de las bocas laterales se volvió más abundante. Y entonces, de repente, empezaron las explosiones: fogonazos de luz de un intenso color naranja, acompañados de estallidos parecidos a los que despedían las bombas de profundidad. Varias columnas de vapor surgieron del fondo.

—Blade, retrocede enseguida, es demasiado peligroso. De un momento a otro podría desencadenarse un terremoto submarino. Tenemos que subir inmediatamente.

—Recibido. Subo.

—Vale, yo voy a comunicar...

Una nueva explosión, más potente que las anteriores, interrumpió las comunicaciones.

—¿Reeves? ¿Reeves, me oyes? ¡Reeves!

Una descarga electrostática. Y, luego, la voz de Reeves.

—Sí, te oigo, Blade. No te estarías preocupando por mí, ¿verdad?

Reeves apenas tuvo tiempo de oír la carcajada de Blade y de cerrar la comunicación, cuando sucedió lo peor.

Fue en cuestión de pocos segundos.

Ni Reeves ni Blade tuvieron tiempo de comprender lo que estaba ocurriendo. Al menos hasta que por la pantalla del *Nautilus II*,

que transmitía las imágenes tomadas por la telecámara exterior, pasó un compacto amasijo de chatarra que descendía hacia el fondo como un enorme pedrusco, dejando tras de sí una estela de burbujas.

Blade lo observó posarse sobre el fondo en mitad de una nube de polvo azulado.

El *Nautilus I* había implosionado.

Y el teniente Reeves había muerto aplastado por la presión.

Seis horas más tarde

—Cuatro minutos para la llegada.

La voz del piloto del Seahawk resultaba apenas audible. La amortiguaba el ruido del rotor, al máximo de potencia para contrarrestar la fuerza del viento, que había aumentado a veinticinco nudos.

El capitán Cox asintió, con una expresión impasible que no dejaba traslucir la tensión acumulada durante el día en que el proyecto secreto *Abyss* había estado muy cerca de fracasar. El profesor Jenkins, con los ojos cerrados y las manos desesperadamente aferradas a los brazos del asiento del helicóptero, no pareció oír las palabras del piloto.

Estaba demasiado ocupado rezando.

No porque fuera un hombre religioso; más bien porque estaba aterrorizado.

Su papel de astrofísico no incluía la acción sobre el terreno. Había pedido que ese detalle se especificase muy claramente en su contrato cuando había aceptado dejar el MIT de Boston para colaborar con una agencia secreta vinculada al Pentágono. Aquel día, sin embargo, las cosas no habían salido como estaba previsto y a Jenkins lo habían obligado a la fuerza a subir al Seahawk.

—Siempre nos puede ser útil —le había dicho en tono sarcástico

Cox, mientras dos energúmenos sujetaban a Jenkins al asiento del helicóptero.

Habían dejado la base operativa de la isla de Fais una hora antes, poco después del accidente.

Tenían ya a la vista el *USS Abraham Lincoln*, una enorme isla de acero azotada por la lluvia y el mar embravecido.

Mientras viraban para preparar el aterrizaje, Cox lo vio. Mejor dicho, vio lo que quedaba del *Nautilus I* sujeto a la popa del portaaviones mediante una red de cables de acero.

El Seahawk aterrizó sin demasiados problemas en el puente del *USS Abraham Lincoln*.

Cox descendió sin esperar siquiera a que parase el rotor. Ni el viento ni el aire que desplazaban las palas del helicóptero al irse parando parecían molestarle.

Una recluta se le acercó apresuradamente para llevarle un paraguas.

Cox lo abrió y luego sacó un Partagas Short del estuche de cuero que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Utilizó los dientes para cortarle la punta, con la misma precisión que si hubiera usado un cortapuros de guillotina, y luego lo encendió al tiempo que lo hacía girar lentamente.

Permaneció inmóvil, con la vista fija ante sí. Era un gigantón de metro noventa y cinco por ciento diez kilos de músculo. Y no le gustaban, precisamente, los motes relacionados con su corpulencia ni con el color de su piel. El último hombre que había tenido la desafortunada idea de llamarlo «gigante negro», en un bar de Cayo Hueso, había permanecido una semana en coma y había sufrido daños cerebrales irreversibles. Y podía considerarse afortunado, porque aquella noche Cox estaba de buen humor y se había controlado bastante.

Blade había demostrado mucho valor, pensó.

Descender a 50.000 metros de profundidad para enganchar los restos del *Nautilus I* y llevarlos a la superficie no tenía que haber sido precisamente un paseo.

Fue entonces cuando Cox sonrió, al tiempo que hacía girar el puro de un lado a otro de la boca, para después sujetarlo de nuevo con los dientes.

Había sacrificado al teniente Reeves, uno de sus mejores hombres, reclutado el año anterior.

Pero el *Nautilus II* había superado la prueba y el soldado Blade había demostrado tantas aptitudes como valor: y eso era lo único que importaba.

Entretanto, Jenkins había conseguido descender y estaba ya protestando mientras trataba en vano de abrir el paraguas que le habían entregado. Cox le lanzó una mirada gélida.

–Bienvenidos a bordo.

El comandante Wilder los estaba esperando en el puente, bajo la lluvia.

Cox no dijo nada, se limitó a asentir. El comandante Wilder habría preferido no recibir la visita de Cox, lo mismo que habría preferido no participar en aquella misión. Pero al mal tiempo buena cara: Cox estaba al mando de una unidad militar secreta que, en la práctica, era una especie de ejército dentro del ejército. Eran muchos los que conocían su existencia, pero nadie –excepto unos pocos hombres elegidos entre sus propios miembros– sabía exactamente en qué consistía la unidad, ni qué clase de tareas desempeñaba. Como muchas unidades antiterroristas, operaba en secreto, a menudo bajo una tapadera o en la clandestinidad, pero con un nivel de discreción que ni siquiera la más secreta de las fuerzas especiales estadounidenses –el United States Naval Special Warfare Development Group, más conocido como SEAL Team Six– había alcanzado jamás.

También su nombre era secreto o puede que ni siquiera existiera. Los nombres altisonantes y las siglas llaman la atención, generan especulaciones, desbocan la imaginación. Si algo no tiene nombre, sencillamente no existe. El nivel de cobertura con que trabajaba la unidad de Cox hacía que no figurase oficialmente en ninguna parte, que no tuviera sede ni efectivos. Nadie podía elegir

formar parte de esa unidad: eran ellos quienes contactaban con militares o civiles, ellos quienes los entrenaban y asignaban misiones acerca de las cuales sólo se les facilitaba la mínima información indispensable para llevarlas a cabo. Y lo mismo había sucedido con Jenkins, Reeves y Blade. Sólo había una cosa cierta: las exigencias de la unidad tenían siempre prioridad absoluta. Y el hecho de que el reglamento militar y las cadenas de mando oficiales no contemplasen la posibilidad de recibir órdenes de una unidad secreta, no cambiaba absolutamente nada. Una parte esencial de la maquinaria de defensa estadounidense se basa en reglas no escritas que prevalecen sobre todo.

El comandante Wilder invitó a sus dos huéspedes a acompañarlo a su camarote para tomar un café calentito. Un gesto de cortesía, además de un intento de comprender mejor qué había sucedido allí abajo. Jenkins sintió alivio: una buena taza de café era justo lo que necesitaba para recuperarse después de un vuelo de pesadilla.

Cox observó fijamente a Wilder.

—¿Quiere saber dónde puede meterse el café, capitán? Llévenos al *Nautilus I*, ahora.

No era una orden, era una amenaza. Wilder obedeció, pues no le quedaba más remedio.

—Sígueme.

El comandante cruzó el puente azotado por el viento y luego se dirigió a la popa de la embarcación.

Cuando se encontraron justo delante de lo que quedaba del *Nautilus I*, Cox le indicó por señas al comandante que los dejara solos. Se acercaron al amasijo de chatarra y goma, azotado por la lluvia. Jenkins sacó de su mochila una especie de tableta, secó la pantalla con un pañuelo y tecleó algo. Después rodeó la chatarra en que se había convertido el *Nautilus I*. El comandante Wilder, que los observaba desde lejos, creyó que estaba filmando. En realidad, lo que Jenkins tenía en las manos no era una tableta con videocámara, sino la última versión digital de un contador Geiger, es decir, un instrumento para medir la radiación.

Cox esperó sin decir nada. Al cabo de unos diez minutos, Jenkins guardó de nuevo el contador Geiger en la mochila y se le acercó. Tenía los cristales de las gafas cubiertos de gotitas de lluvia y parecía más inquieto que de costumbre. Movía las manos con nerviosismo, al tiempo que repetía una y otra vez «Increíble, increíble».

–Cálmese usted y deje de gesticular o lo arrojo al agua ahora mismo. Y ahora, dígame qué ha ocurrido.

La voz de Cox, como de costumbre, era grave y tranquila, pero conseguía helar la sangre. Jenkins tragó saliva.

–Daño estructural causado por la radiación –dijo.

Cox siguió observándolo en silencio, al tiempo que entornaba ligeramente los párpados.

–Entre los efectos de los rayos gamma, se incluye un aumento de la fragilidad y un debilitamiento en el esfuerzo de los materiales afectados por las radiaciones. Antes de acabar destruido, el ordenador de a bordo del *Nautilus I* ha registrado una cantidad anómala de rayos gamma, pero pensaba que se trataba de un error. Y resulta que no, que los datos son correctos.

–Vaya al grano, Jenkins.

–Una serie de rayos gamma presentes en la fosa han provocado una variación en el esfuerzo crítico del revestimiento del *Nautilus I*. Dicho de otra manera, han debilitado el revestimiento de material plástico, lo cual ha provocado el colapso de la estructura.

–¿Por qué no le ha ocurrido lo mismo al *Nautilus II*?

–Porque el revestimiento del *Nautilus II* no es sensible a ese tipo de radiaciones.

En el rostro de Cox apareció una mueca.

–Ésa es una excelente noticia.

–Sí, pero resulta que...

Cox volvió a observar fijamente el semblante térreo de Jenkins.

–La presencia de radiaciones gamma avala en realidad mis hipótesis sobre el origen de la anomalía en el Atlántico sur. Después

de la fuente H, ésta es la segunda confirmación que encontramos. Para estar del todo seguros, aún tendríamos que...

Jenkins estaba a punto de añadir algo más cuando, tras ellos, oyeron unos cuantos gritos. Se volvieron los dos para ver qué estaba ocurriendo. Se había producido una breve riña entre dos personas que se hallaban en el puente. Una de esas personas estaba en el suelo, mientras la otra, vestida con mono de buzo, avanzaba hacia ellos con paso decidido.

Cox arrojó el puro al suelo y lo aplastó con el tacón del zapato. Después empezó a dar palmas, en un lento aplauso.

Jenkins lo observó y después se concentró de nuevo en la persona que en esos momentos se estaba acercando.

—¿Sabe usted quién es, capitán?

Una ráfaga de viento y lluvia barrió el puente.

—Alguien que en este momento quiere asesinarme.

—Y entonces... ¿por qué aplaude usted, capitán?

—Porque después de lo que acaba usted de decir sobre las radiaciones, profesor Jenkins, el guardiamarina Blade es también la única persona capaz de salvar al mundo.